

146

C.R.
863.6
R1737v

La Venganza
de
NANDAYURE



novela
de
J. RAMÍREZ SÁIZAR

La Venganza de Nandayure

J. RAMIREZ SAIZAR

La Venganza de Nandayure



EDITORIAL "LA NACION"
SAN JOSE, COSTA RICA

BR
863.6
R17372

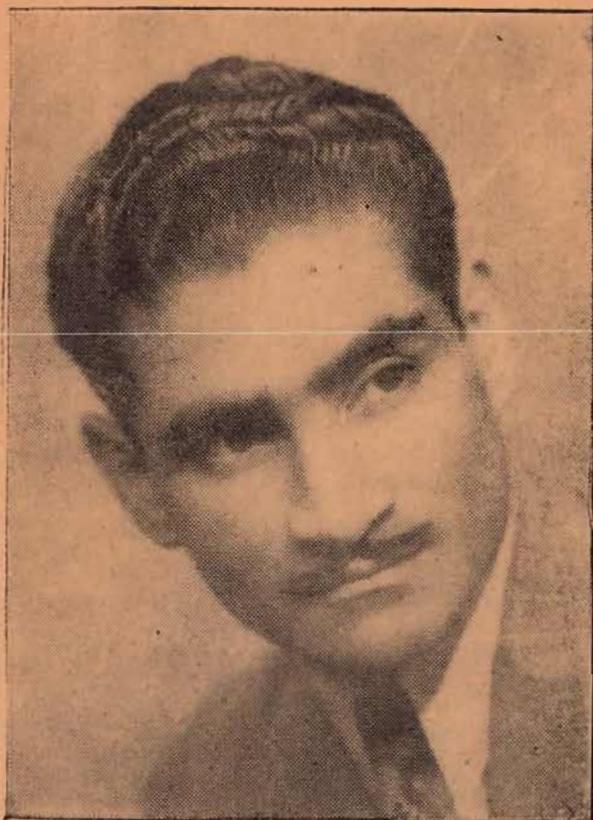
Propiedad del Autor

8 JUN. 1983
347856 35839



SAN JOSE - COSTA RICA

1950





ALEGRÍAS Y TEMORES DE UN VIAJE

Esmirna es una dulce mujercita morena, de un moreno cetrino, como esas nubecitas raseras que se empapan en la luz del medio día.

Sus ojazos negros, fúlgidos como relámpagos en noche lluviosa, imprimen a su amueñado semblante, una belleza indefinible... son profundas sus pupilas y tienen la elocuencia de la mirada de un niño.

Esmirna! Ese nombre tiene una dulce evocación oriental, de odalisca o de emiresa musulmana.

Baña el marco de sus suaves facciones un torrente de crenchas cetrinas, que igualan un fez de luto, con el contraste de su boca roja, como una herida que sangra.

Esmirna pues, fué y ha sido una idealidad de artista, con finas formas de mujer. Ella en el misterio lontano de sus encantos femeninos, guarda como un joyel de ocultas ambiciones, un acendrado cariño por las pampas guanacastecas.

Su eterno anhelo ha sido remojar sus ojos con alegría de sabanas y de jaraguales soleados. Ha soñado siempre con las llanuras dormidas, arrulladas por cantos de cuyeos; en las noches serenadas; en las noches con ecos de marimbas y de guitarras en los momentos en que callan las palabras, para dejar hablar los labios a impulsos del corazón.

Mucho me ha pedido en las horas de nuestros románticos coloquios, que le cuente historias y relatos con sabor de pasto cele, con colorido de tardes enfermas de celaje y con noches de luna caidiza por los chanales florecidos.

Con esta inquietud, arreglamos pues, una excursión al terruño mío, muy querido. Después del hastío y la modorra que dejan los días de fiestas de fin de año en San José, dispusimos el viaje al Guanacaste.

El día seis de enero de entonces, con un bagaje apropiado y un fardo de ilusiones, tomamos el ferrocarril eléctrico al Pacífico, rumbo a Puntarenas...: Esmirna. Virginia, estudiante normalista y amiguita muy querida, con Carlos su prometido y yo.

Cuatro expedicionarios ambiciosos, que abandonamos la capital amodorrada y salimos con el frío mañanero, para bañarnos de sol tropical y emotivo.

Nuestra llegada a Puntarenas fué llena de peripecias, pues el puerto, abarrotado de veraneantes, no nos daba lugar a muchas comodidades. A las doce de la noche, con todo el encanto de una noche enlunada — noche de luna media — en una lancha de expedicionarios que salía para Ballena, puerto fluvial guanacasteco, tomamos pasaje.

—Mira, también sale otra lancha, Cecilio! — dijo Virginia admirando de proa a popa la majestuosa embarcación llamada la Río Grande, y que en esos momentos se deslizaba serenamente en el estero para atracar en otro muelle.

—Nos vamos a embarcar en esa, Cecilio?, — preguntó Esmirna.

Un suspiro profundo, ahogado, como un desgarronazo, fue la contestación de Carlos.

—Y hasta dónde ese suspiro?... — protestó celosamente Virginia, tomando del brazo a su novio.

—No, negrita. No suspiro de recuerdos amorosos. Suspiro de pesar al ver de nuevo esa embarcación, que es la sola embajadora de ansias truncadas, anhelos fallidos, ensueños que se desvanecen y de risas alegres y francas, que luego se truecan en sudor y lágrimas.

—Por qué dices eso, viejo? — pregunté yo interesado en el preámbulo del amigo.

—Tú no ignoras que esa lancha es la alimentadora de carne humana para la hidra de mil cabezas de los bananales del Sur.

En esta lancha salen continuamente, enormes contingentes de braceros, para lanzarlos a la vorágine de la jungla bananera, — asintió entonces Carlos.

—Y aquel montón de gente, que grita y que se embarca, a dónde van, Cecilio?

—De esos infelices te estoy hablando exactamente, — interrumpió Carlos a Esmirna.

Míralos..., obsérvalos. Cada uno con su morral a cuestas. Llevan un "porsiacaso" terciado a la espalda de hombres fuertes y ambiciosos, y en el cerebro, la sed de conquista, la ilusión de un futuro risueño y la promesa de un porvenir salpicado de dicha y de dinero.

Ellos van ahora felices a esas zonas de Quepos, Golfito, Puerto Cortés, Palmar, Piedras Blancas y hasta Coto. Van con su cabeza llena de ilusiones, sus nervudos brazos llenos de energías y sus venas repletas de sangre rica y juvenil. Son falderos de un ideal y van detrás de una ambición. Los ves Esmirna. Míralos Virginia, van felices viviendo, medios borrachos la mayoría, pero no saben cómo han de volver, de esas zonas succionantes.

—Dígamelo a mí, Señor! Cuéntemelo a mí!—Se le oyó casi sollozar a un viejo enclenque, agobiado más por las dolencias que por los años, y que tristemente veía partir la lancha que a él se le antojó motejar de "La Pachuca".

—Yo vine,—continuó diciendo el viejo...—y ellos van. Que les vaya bien. Yo ya estoy de vuelta... y para qué?, una sombra solamente de lo que fui al partir... hace diez años.

—Qué, usted ha vivido en esas zonas? —inquirió Virginia.
—Pero entonces no son ciertas las leyendas de prosperidad y de progreso que se dicen de esos lugares?—

—Yo, señorita, ahora soy un esqueleto viviente. Ahora soy, como decía aquel poeta... como una sola sombra larga... El paludismo, los mosquitos, las "purrujas", las fiebres, la pésima alimentación, el calor agotador de esas regiones, el trabajo forzado, duro y perenne entre montañas y entre suampos, la respiración continua del caldo bordelés en los bananales, que nos llena de sulfato de cobre los pulmones; todo eso, ha minado mi vida y me tiene en este estado.

Yo, Nazario Dinarte, salí hace diez años, mozo aún, lleno de ambiciones, con mi pequeña familia, para los bananales de Parrita y después para Golfito.

Iba buscando nuevos horizontes, porque me dijeron que esa era toda una tierra de promisión.

—Pero cómo se fue a aventurar así porque sí, y con todo y la familia? —le recalcó Esmirna.

—Así es uno de "zapance", señorita. "Bayunco" que fui, y bien duro que pagué todo esto, —dijo el viejo.

—Cuéntenos pues, señor Dinarte, cómo fué esa aventura suya.

—Verá usted, señorita. Ahora estuve cargando dos lanchones y descargué un bongo, para ganarme el pase pá mi tierra, pues soy purito guanacasteco; tempisqueño, pero conozco toda mi tierra.

—Hombre, de mucho nos va a servir entonces,—terció Carlos. Podemos llevarlo de baqueano, sus gastos todos, correrán de nuestra cuenta.

Una mirada de gratitud brilló en aquel semblante abotagado, y continuó de esta manera... —Hace quince años yo tenía mis tierritas en Filadelfia, buenas bestias, mis vaquitas, dos lindas parcelas de arroz y algunos terrenos de "repastos". Tenía mi mujercita, una linda cholita jovenzona y guapa, y estaba por nacer nuestro primer muchachío.

Yo salía muy a menudo al pueblo, bien montado en mi "cholpo jaconcito", y me tomaba mis traguitos con mis amigos... Usted sabe!... gusto de los hombres. En una e' tantas, conocí un hombrón, robusto, fornido, bien empolainao..., se

interés por mi caballo y me invitó a unos tragos. La verdad... como yo soy nones pa'empinar el codo, le acepté y nos fuimos a la cantina del pueblo. Yo si noté que'l hombre, era solo atenciones conmigo, invitaba e invitaba un trago y otro, y no me dejaba pagar ni uno solo. Ya después entramos a las confidencias y me preguntó a boca'e jarro... —Oiga, amigo Nazario, qué hace usted aquí en este pueblo. Cuál es su vida?

—Pues yo tengo mis terrenitos. A veces es buena la cosecha... otras, me lleva el "cuijen". Pero tengo mis sitios, y 'ay la voy pasando a brincos, como el "miche", pero no me faltan ni los currarés y las cuajadas en el "yagual" de mi casa, ni la troje de maíz, y el tabanco con frijoles.

—Bueno, pero esa no es vida. Usted vive esclavo de hoy un sí, mañana un no, y pareciera que usted no tiene ambiciones —me decía el amigo—. No le gustaría ganar dinero, pero como se dice, a manos llenas?...

—Claro que si me gustaría, le respondí yo ambicioso, — continuó diciéndonos el viejo Dinarte,— pero aquí no hay negocios buenos. Se vive... se vive... y 'ay se va pasando, hasta que Dios quiera.

—Pero hay que buscar la vida, Nazario. Hay que seguir la vida. No que ella nos siga a nosotros! Al que se muda, Dios lo ayuda, y ahora tiene usted un valioso "chance" en sus manos.

—Mmm! Hombré, no me venga con "pupulucas"! me está tentando usted, amigo, — le dije entonces.— Qué es ese chance?

—Bueno! Usted ha oído hablar de la zona bananera? Ha oído hablar de Parrita? No le gustaría trabajar con los americanos... irse a esa zona... ganar dólares?... Hacerse de plata! Llegar con los meses, oígalo bien, con los meses, a bañarse en dinero en esa zona?

Bueno, amigo,—le contesté yo.—Usted cree que yo vivo de visiones? Está bien que hallamos bebido tanto, pero no para decir "tonteras". Cómo cree usted que yo me iría a buscar trabajo allá, teniendo mis cositas aquí? En este particular, yo soy como los monos, nunca me suelto de una rama, sin haberme cogido de la otra.—

—Eso mismo, amigo Nazario, — me dijo él. — Usted se va a trabajar allá, pero con la rama agarrada. Yo le puedo dar a usted esa rama que necesita para soltarse de la otra. Por medio de un contrato que usted me firma, yo lo mando a trabajar a la Zona, con buen sueldo, casa, comodidades allá, y pasajes y gastos desde aquí. Allá tendrá usted un buen puesto de Mandador de una finca, o Encargado contratista, o "taimquiper". Empezará usted con quinientos pesos el primer mes y se le irá aumentando cada tres meses, hasta ganar un

magnífico sueldo, y todo por una sola firma... No le parece un buen chance?... Usted se busca eso sí, otros veinte o treinta amigos más y les propone que se vayan con usted, a su cuidado; a trabajar en el banano. Ese oro verde que está llenando de porvenir y de felicidad a tantos seres en el país.

—Sí! — le interrumpió Carlos al señor Dinarte. —Ese oro verde, que es el cebo para atrapar incautos, que vayan como usted a dejar su sangre y sus energías en los suampos de esos bananales asesinos. Ese oro, bien dicho, oro que no se madura. Ese oro verde que es filón de riqueza para el atajo de gringos imperialistas, que van tendiendo la sombra de sus alas de águila, por todos los territorios débiles del mundo.

—Carlos, no te exaltes,— terció Virginia, — recuerda que ellos explotan esos territorios con pleno derecho y anuencia de los gobiernos de cada país, y además, eso le permite una fuerte entrada al tesoro nacional.

—Tú que sabes, Virginia; tú has oído hablar de esos derechos y concesiones, pero ignoras que ellos se basan en los famosos contratos-banaderos, en donde el oro imperialista, acalló escrúpulos, dominó voluntades y fue rodando y rodando y con su brillo llegó hasta comprar...—

—Calla, por Dios, Carlos,—le insinuó Esmirna.—No hables de imperialismo, ni hables en esa forma, pues te aseguro que no faltarán quienes al oírte, te tilden de comunista.

Qué, quéeee? Comunista yo? No digas semejante ocurrencia. Jamás lo he sido, ni militaría nunca en las filas comunistas. Es cuestión de criterio. Soy socialista, pero socialista cristiano. No me gustan los extremos, por eso no soy comunista. No lo ataco, para que no me crean derechista, que es otra extrema, y no lo milito por principios religiosos. Pero que me tilden de comunista porque odio el imperialismo, no hay razón. Odio ese imperialismo por lo nefasto, por el sedimento que deja, por la forma en que allana las dificultades... con oro. Por la forma en que compra las voluntades, porque todo lo absorbe, todo lo pide, todo lo toma y si algo da de sí, lo recoge luego arteramente.

—En eso sí tiene razón, — terció el viejo Dinarte.— Fíjese usted en la Provincia de Limón. Qué es hoy? El cadáver solamente de lo que fuera otrora la floreciente zona atlántica. Hoy sus tierras no sirven para nada. Nada producen. Tierras que quedaron yermas, escuetas, cansadas... son verdaderos eriales. El cultivo del banano arrasó la fertilidad de toda esa zona, y cuando la Bananera terminó de explotar ese precioso suelo, ya para levar anclas de allí... cuentan los viejos linieros y banaderos de esas regiones, que se mandaron a abrir enormes fosos y allí, como cadáver inútil, se enterraron todos los ense-

res, herramientas, y utilerías de los campamentos americanos. Es decir, que a última hora arrasó todo, para que nadie lograra nada. En los fosos quedaron sepultados, machetes, picos, sachos, palas, vajillas, ollas, porcelanas... en fin, todo.

Y esos famosos contratos, — terció Carlos, — estaban llenos de requiebros, plagados de dobleces y portillos, tienen concesiones a granel y además autoriza la explotación inícuca, de las fuerzas vivas del país, representada por los miles de obreros que van a consumir su vida a esas zonas bananeras.

—Bueno, bueno, muchas divagaciones y por fin el señor Dinarte, no nos terminó de contar la historia suya, — dijo Virginia, tratando de suavizar el clima.

—Es cierto, —dijo entonces don Nazario.—Firmé el contrato de aquel hombre, a quien yo llamo ahora, cuando me acuerdo, "agiotista de cabezas". Firmé el contrato... me embaucó a mí, y a mi sombra se llevó de filazo a treinta y cinco amigos míos, campesinos todos, que mareados por el oro maldito, sedientos de triunfo y de riquezas, cada cual como yo; vendió su solarcito, sus bueyes, sus vaquitas, se deshicieron de su patrimonio o de su pequeña herencia, y con el contrato firmado arrumbamos a la tierra de promisión.

Ir a Parrita, qué ambición! Ir a trabajar con los machos, qué suerte! Ir en pos del dinero, hacia un destino brillante, amarillo de oro, reluciente a dólares, y nadie sabía el destino de nuestras vidas, que serían vilmente explotadas.

Todo el pueblo nos envidiaba! La suerte era nuestra madre! Una caravana de guanacastecos que iban camino de la zona. Los jóvenes del pueblo, nos miraban con envidia, los viejos con recelo; las mujeres, en su mayoría quedaban esperando el regreso feliz de sus novios adinerados, que las harían sus esposas y se las llevarían a la zona a vivir allá a cuerpo de reinas.

El agiotista de cabezas, o contratista de abono humano para los bananales, gastaba a diestra y siniestra. El, nos daba guaro, comida en Ballena, los pases de lancha, dormida en Puntarenas; pagaría el examen médico, a diez pesos por cabeza, requisito éste que significaba la puerta de entrada al paraíso del oro verde, que sería luego el infierno, en donde miles de condenados sufrirían rigores, abandonos, malos tratos y enfermedades mortales.

Todo fue una maravilla, hasta salir de Puntarenas, — suspiró, el viejo Dinarte. Un lanchón nos recogió como ganado, nos cobijó en su vientre y siendo yo capataz de la cuadrilla, con mi esposa y el recién nacido, en una noche como ésta, nos despedimos alegres, nos entregamos al golfo, y nos fuimos,

aventureros del ensueño, detras de un sol de oro, con reflejos de dolor.

La Río Grande, o "La Pachuca", como la llamó Nazario Dinarte, se empezaba a esfumar en las sombras de la noche, mientras nosotros, en nuestra lancha, nos preparábamos para zarpar.

Para Esmirna y Virginia, fue una delectación inexplicable el embarcarse, pues era la primera vez que lo hacían. Aun cuando este viaje en lanchas de pequeño calado, como la Tenorio, la Miravalles, la Liberia y otras presentan la mínima facilidad posible al viajero; por sus escuetos asientos de madera al desnudo en torno de la lancha, sin camarotes ni sitios de descanso, con el montón de valijas y equipajes en promiscuidad con los viajeros, y el agua de mar, que al flujo y reflujo de las olas, barre el piso de las embarcaciones, esto, no fue óbice, para aminorar el entusiasmo de las dos viajeras que, reclinadas en la borda, escrutaban con sus ojazos de carbunclos la enlutada majestad de lontananza.

Sobre el mar, había un reflejo de mil lunas retratadas en el espejo quebradizo de las aguas terciopelo.

De pronto... un campanillazo y un silbido estridente de sirena, obligó a los viajeros, a tomar sus respectivos asientos.

Chi-po-po... Chi-po-po... Chi, po, pooooooooo! Fué el canto gangoso que inició la chimenea de la Tenorio, al empezar a funcionar las máquinas.

Y nos fuimos alejando del muellecito y luego de la arenosa punta del puerto del Pacífico. Y discurrió la embarcación sobre las aguas tranquilas del estero, hasta que entramos al trecho más molesto de la ruta naviera. Y fue allí la algarabía de los paseantes cuando cruzábamos la "Barra", zona muy agitada del mar, que se forma de la unión de la corriente que viene del Río Tempisque, el agua inquieta y fru frugente del Golfo, con las aguas serenas del estero. Allí la lancha hace cabriolas al embate de las fuertes marejadas y se balancea como un adoquín o un pelele prendido de una rama y a merced del viento. Las olas se estrellaban a veces con furia incontenible, contra la proa de la embarcación, y, el agua salada, como un aspergeo de alfilerazos, bañaba de cabeza a los pies al timonel que de pie, erguido, sin importarle el chubasco, con los ojos fijos en la ruta, domaba con la rueda del timón el embate de las olas.

Esa noche, hubo momentos, en que los gritos de terror de las viajeras, ponían un ahogo de inquietud en nuestros ánimos, pues la marea, con su reflujo exagerado por la acción de la luna creciente quizás, besaba la borda, empapaba los equipajes y barría de un extremo a otro, el piso de la embarcación.

A lo lejos, quedaba como un portal luminoso, la angosta faja porteña, llena de millares de candilejas, que daban un aspecto romántico a la claridad argentina del Golfo. A la entrada del mar, allá a lo lejos, en el boquete que deja la península, aún se divisaban las luces de la embarcación que navegaba camino de la zona bananera, a regar su precioso cargamento humano.

La luna media de enero, en el azul del cielo estrellado, parecía una coqueta bailarina que prendía un refajo de plata en la ampulosidad hierática de sus caderas astrales.

—Mira Cecilio!—me dijo Esmirna.—Es un fuego fatuo aquello que brilla a intervalos en la sombra?

—No, linda,—le contesté riendo para tranquilizarla.—Esas son boyas luminosas, que sirven a los timoneles y navegantes, para orientarse en el golfo.

—Pero de qué se orientan en este golfo tan pequeño y conocido?—preguntó confusa Virginia.

—El Golfo de Nicoya en este sector del Estero, es poco profundo. Los aluviones y correntadas del río Tempisque han traído a diario, sedimentos enormes que depositan en estos lugares. Por eso se han formado enormes bancos de arena, que harían encallar y zozobrar las lanchas y embarcaciones, si no fuera por esas boyas luminosas que marcan los sitios más profundos y los bancos de arena,—dije a mi interlocutora.

Cuánto habremos de durar pasando esta "barra" peligrosa, que ya me tiene mareada? preguntó Esmirna.

—Ya tendremos unos diez minutos,—le dije consultando mi reloj pulsera, que se enredaba a mi muñeca, con sus fajitas de cuero de lagarto, como se enredan al espíritu abatido, todas las calamidades.—Ahorita no más salimos de esta zona.

Entonces Esmirna, más serena, reposando en mi hombro su soñadora cabecita, quedóse fijamente contemplando aquel cielo de brocado azul oscuro, con lentejuelas de plata, que parpadeaban indecisas.

Quiso en su incertidumbre contar las estrellas e interrogar a la luna, porque perceptiblemente la oí exclamar... "Que Dios la lleve por buen camino"... Contó con sus dedos frágiles, no se qué cuenta rápida y sonriendo me dijo:—Ya le pedí a la estrella fugaz, que acabo de ver pasar, un favor sublime...—pero nunca pude romper el antro de su silencio, para indagar su genuina petición. Me conformé con la sonrisa que desgranaron sus labios y con el calor de su cabecita oscura, recostada en mi regazo.

Pero Virginia, que escrutaba la luminosa penumbra de la costa difusa que se desdibujaba en la lejanía, me interrumpió aquel silencio hermoso, que es lenguaje de las almas afines,

cuando no encuentran la acaramelada expresión con que se arrullan los labios.

—Mira Cecilio... esa sombra enorme que está al lado izquierdo, qué será?

—Es la isla de Chira, Virginia, le dije señalando la sombra. Aquella de allá es la de "Chara", hoy San Lucas, donde está el presidio. Esta otra de la derecha es la isla de "Cachoa", llamada ahora de Venado. Aquella es la que se llamó "Urco" y hoy de Caballo, y la otra es la antigua "Yrra" hoy Bejuco.

—Y aquella Cecilio,—preguntó extrañada Esmirna, señalándome un montículo blanco, como una sábana fantasmagórica tendida a la sombra de un mar aterciopelado por la luna.

—Eso blanco Esmirna, creo que es el islote de los pájaros. Allí no hay vegetación de ninguna clase. Hay solo unos cuantos arbustos y ramazones rocosas y coralinas, donde anidan y se posan toda clase de aves marinas. Sus excrementos van dejando ese tinte blancuzco y calcáreo en todos los rincones de las rocas, y por eso se ve tan blanco en el día y en la noche.

—Qué bonito sería ir a visitar ese islote,—dijo Esmirna, con ese antojo infantil, de quien todo lo quiere conseguir.

—No podríamos mi alma,—le contesté,—pues dicen que hay el peligro de miles de culebrillas y serpientes venenosas, que infestan el islote.

—Cómo así? Por qué hay tanto bicho venenoso allí?—inquirió Virginia.

Nazario Dinarte, viejo conocedor y amigo de propalar las leyendas y cuentos le dijo a Virginia.

—Cuenta una leyenda,—dijo el viejo interrumpiendo el marasmo de su mente embotada de humo de cigarrillos, y su silencio espiral, que se remontaba soñador hasta la luna...

"—Cuenta una leyenda,—empezó de nuevo ante la curiosa interrogación muda de Esmirna y de Virginia —que hace muchos años, un famoso bandido pirata, huía con un caudal enorme, producto de sus pillerías en el mar y las costas de Sur América. El pirata se vió acorralado bien pronto aquí en el Golfo a donde buscó refugio, por enemigos suyos, y no tuvo más remedio que enterrar en esta isla el codiciado tesoro, pero para que nadie más pusiera los pies aquí, ni descubriera el botín, sacó de su barco pirata enormes cantidades de serpientes venenosas que traía para ejercer sus venganzas, y las arrojó a la playa, para que cundieran el islote. Los dos hombres que lo acompañaban y que quedaron en tierra cuidando el tesoro, fueron envenenados por los reptiles y así dieron buena cuenta de ellos, pagando entre espasmos su felonía... y las aves marinas, y las aguas saladas, cumplieron el resto de la misión

destructora. Eso explica las dos luces rojas que los pasajeros miedosos, creen ver en las noches de luna, como atalayas de la isla.

Del pirata cuentan, que aquí en medio Golfo hundió su navío, previamente incendiado, lanzándose al agua, con el fin de aparecer como víctima de sus perseguidores, y luego, retornar solo a la isla a recoger el botín. De su suerte posterior, nadie supo nada y solo ha quedado la impresión de un enorme barco en llamas, con su capitán a proa y su mascarón de reptil, que navega a la deriva o bien se queda al paio en las noches tormentosas.

Mientras tanto en la embarcación, los ánimos ya se habían "achispolado", con libaciones copiosas de buenos vinos que traían algunos pasajeros. Las damitas empezaban entre chistes y risas argentinas a tararear las canciones de moda. Un marino sacó una guitarra y con unas maracas y una clave improvisada, se formó luego una verdadera fiesta a bordo, donde reinó la risa, la malicia, el canto picaresco y algunos besos entre los enamorados, que despertaron provocativamente de las boquitas pintadas.

La media luna creciente, proyectaba gualdas y embrujadoras emotividades en la cresta de las pequeñas olas rizadas por el viento madrugador... ese frillito que anuncia las horas matinales, y que augura las cuatro de la mañana y una nueva aurora tempranera.

Ya el Golfo en su plenitud de extensión, se iba quedando atrás, para mostrarnos el precioso delta del río Tempisque, que con sus brazos enormes, como si fueran brazos fraternales y emotivos, llegan del Guanacaste a saludar y estrechar las tierras costaneras del interior de Costa Rica.

El Tempisque con sus bocas da, minuto a minuto, la plegaria de la pujanza y la riqueza de la llanura guanacasteca, que sin ambages la arroja en caudal líquido a las aguas del Golfo de Nicoya, para bañar las costas de Puntarenas.

En esa madrugada clarísima, Esmirna veía con ojos escrutadores, lo que solo podría ver, con toda la luz del día.

—Por qué,—preguntó al fin,—no toman las lanchas ese otro brazo del río, y así no hacen este gran rodeo?

—Ah, señorita Ermirna..., porque ese otro brazo del río, tan ancho y pintoresco, está formado solo por bancos de arena y manglares traicioneros, que se abrazan y enredan en sus raíces, y sería muy peligroso navegar por ahí,—explicó complacido Nazario...

—Pero es que sería tan difícil drenar este río?—inquirió Virginia.

—No, Nifia,—le contestó el viejo Dinarte,—pero basta que este río sea la arteria vital del Guanacaste para que no se haya preocupado nadie, por nada. Se han drenado otros ríos y otras lagunas... pero...—

—Uy... Mira Cecilio...—interrumpió Esmirna con un grito infantil. Qué espectáculo más bello! Qué es eso?... Árboles acaso que dan floraciones blancas y grises?...—

—Eso crees, chiquilla, pero esos no son más que árboles, de los que ya nos había hablado antes Nazario, en los cuales anidan las garzas, gaviotas, alcaravanes, garzas morenas, tijeretas y garzones. Son los refugios perennes de las aves marinas, y sus desechos han tapizado las ramazones y troncos, de una costra blanca, que brilla con esa rara elegancia que tú admiras,—le expliqué entonces a Esmirna.

En esta contemplación estábamos, cuando Virginia, Esmirna y otros pasajeros oteaban la procedencia de una serie de gritos estridentes y gangosos que retumbaron a la orilla derecha del río. Un coro de cien voces se escuchó con su frenético... Gur... gur... gur, gur, gur, gurgurgurgur...! Era una manada de congos bramadores, o congos negros, que aullaban asustados por el ruido de la gasolina, o acaso era un himno con que celebraban en coro la liturgia natural de un nuevo día.

Los expedicionarios, siguiendo mi consejo pidieron al timonel, atracara en Puerto Humo, otro puerto fluvial, que conduce a Nicoya.

Como allí se conoce el itinerario de las lanchas, las gentes estaban a esas horas, esperando la lancha del correo que nosotros precedíamos. Tuvimos oportunidad de subir al pequeño muelle de madera, con defensas de guayacán y cocobola, y de ver el grupo madrugador y de vendedoras, que con enormes recipientes de café con leche y sus canastas de rosquillas nicoyanas, bizcochos, empanadillas de queso, tanelas, tamales pizques, marquesotes y otras golosinas, ofrecían a los viajeros. Es de suponer que hicimos un opíparo desayuno y admiramos las chavalas, morenitas y guapetonas que a la luz tenue de las bombillas de la lancha y las carburas del muelle, con sus canastas de ventas en la cabeza, recorríanlo todo con su armonioso cumplido...

"Tanelas!... Tanelas! Rosquillas!... Rosquillas! Tamales pizques! Tanelas..!"

Dos hacendados de nuestro grupo, resolvieron allí mismo bajar a tierra, para seguir rumbo a Nicoya.

Nosotros, con el grupo alegre y locuaz, seguimos cantando y mirando a través de las claridades preciosas de la media

luna, los reflejos en el río tranquilo y sereno, anchuroso y oscuro de aguas.

Ya una luz auroral, heladita, pero hiriente y clarísima, como la llama de la soldadura autógena, o la claridad semidifusa de las lámparas fluorescentes se levantaba sobre la línea irregular que dejaban marcadas las montañas semioscuras, y la línea de horizonte del enorme Tempisque.

Clareaba apenitas y ya las formas fantasmales de las cosas, cobraban a poquitos su colorido natural. Aquel despertar grandioso, no era despertar de la naturaleza, sino despertar del alma de un Dios dormido en el remanso del río.

La luz, no sabría decir... si era blanca, amarilla o rojiza; pero sí, era de una vivacidad única, como todas las auroras nítidas que preceden a una bella salida del sol.

La tripulación entera abandonó sus sitios para ir a la popa de la lancha a contemplar el incendio del Golfo allá a lo lejos, que ardía con luz divina en el sitio donde se besan el río y la tierra misma, con el dombo gris celeste, del cielo matinal.

Las cinco y veintisiete minutos, apuntó un pasajero, viendo su reloj de bolsillo, y al grito de sorpresa de las jóvenes paseantes, dirigimos la mirada a un claro de la costa y por la hondonada de cerros, vimos un globo enorme, como de fuego líquido, o un enorme carrusel, de color rojo vivo que surgía del agua, en pleno Golfo de Nicoya.

Miren el sol!!! Fue un solo grito en la tripulación... Y había sol en gotitas, prendidas en las hojas de los ceibos y copeyes; había sol granulado en las puntas borrachas de los jaraquales tranquilos. Las garzas y gaviotas que revoloteaban raseras, llevaban en su pico un girón de sol rosado al templo de su nido... En un playón del río, enormes lagartos, con sus fauces abiertas como un ángulo obtuso, prendían en sus colmillos piltrafas de sol. El glabro espinazo del río indefinible, se pringó con gotas que cayeron del sol.

Sol rubio y rojo en el cielo... en las serranías, en los árboles y postes, en las plumas de las garzas morenas, en la coraza de los lagartos, en la cresta de los garrobos, en los lomos de los congos, en el penacho de las loras y lapas y en las pupilas de todos los que comulgamos con aquel divino amanecer en el río Tempisque.

La sombra de la lancha Tenorio se alargaba indefiniblemente, sobre las aguas sucias en extremo. Y esa sombra se alargó bastante, hasta que se quebró enseguida, cuando la proa viró hacia la izquierda.

Las marchas de los motores aminoraban, y los campanillazos del timonel previniendo a los maquinistas, nos indicaron que habíamos entrado en un brazo del río que no era otro que

el afluente, El Bolsón, arteria fluvial que nos lleva hasta Ballena. Dejamos el cauce del Tempisque y entramos en ese otro río más angosto, más enlodado, estrecho y poco profundo, donde las ramazones de los árboles se doblan a bañar sus hojas en las aguas y en el limo. Los lirios de agua, los Nayuribes, brillantes y blancos con sus corolas de luz, parecían que flotaban caprichosos en el agua, pero al empuje y rebalse de las olas que provocaba la embarcación al pasar, se escondían temerosos bajo la linfa, para surgir después como náyades desnudas, a secar su corola alabastrina.

La armonía discrepante de las manadas de congos, loras, chichiltotes y chocuacos a un lado y otro del estrecho río, donde casi no caben dos lanchas a un tiempo mismo, daban una nueva impresión a los viajeros que gozaban con las mil piruetas de los tífs y cariblanco que jugaban en los enormes árboles de ojoches y de capulines sin frondas.

La marcha de la embarcación se hizo cada vez más difícil y se aminoraron las velocidades de las máquinas. La quilla iba rozando el lodazal, porque el timón crujía en el fondo del río. Hubo momentos en que nos creíamos embarrancados. La Tenorio se ladeaba peligrosamente cual si hubiéramos quedado atacados. Sólo la pericia del timonel ordenando marchas y contramarchas a los maquinistas con golpes de campanilla, pudo salvarnos de un accidente.

Este río, riqueza natural de la zona de Santa Cruz y Fildelfia, pronto, a la vuelta de pocos años, estará abandonado y quizás cerrado a la navegación, por la poca estima y cuidado de los gobiernos que no han sabido o no han querido aprovechar este río que es arteria de progreso del Guanacaste. El día que se drague debidamente el río Bolsón, podrán llegar a diario hasta nuestras apartadas regiones, las lanchas de mayor calado, a renovar la vida de las pampas guanacastecas.

Un pitazo prolongado... y otro... de la sirena del Tenorio, nos indicó que estábamos frente al embarcadero de Ballena.

A los pocos momentos, al cruzar la última curva del río, divisamos el pequeño muellecito de madera, viejo y endeble, que tantos inviernos ha sido barrido por las correntadas del río. Luego de tirar las amarras y de atracar la lancha a las defensas del muelle, desembarcamos por fin, desentumiéndonos de cansancio y de incomodidad por el viaje.

Eran las siete y diez minutos de una mañanita clara y soleada. Habíamos salido de Puntarenas a las doce de la noche y después de siete horas de viaje estábamos ya en las tierras de las cálidas pampas guanacastecas.

Los ánimos suspiraron de emoción, con aquella saciedad del que ve un sueño realizado. Por fin estábamos en la pinto-

resca y legendaria provincia de Guanacaste! Al fondo del río, se tendía majestuoso un enorme puente de hierro que fué, cosa curiosa, la única dádiva de un gobernante que quiso callarles la boca a los guanacastecos con esta obra, en sus cuatro años de poder.

—De todos modos,—dijo Virginia oyendo traquear el camión de tablones del puente al paso de los caballos y carretas,—es verdad el abandono de esta tierra, y hasta por la misma geografía patria, se sabe del descuido en que han dejado siempre a la provincia del Guanacaste... pero no se deben quejar... porque aún en medio de ese descuido material e intelectual en que los han dejado los poderes a ustedes, cada cuatro años les meten un empujoncito en obras de Fomento.

—Sí, dijo el novio de Virginia que comprendió la burla. Como un desliz de bondad hacia ustedes alguna que otra pilita resurge en Fomento o en Salubridad.—

—Mmmml! Aunque no sea maj que pa' qu'el hombre macho de las pampas, no olvide que tal o cual gobierno pasó por el poder...— completó Nazario Dinarte.

—Bueno, bueno, amunú!...—gritó el baqueano encargado de llevarnos hasta Santa Cruz y que había venido con las bestias aperaditas ya. El camino es muy largo, estamos lempos en llegar allá, y pesadito qu'es. Además, usted son cartagos y "nuestan" acostumbrados a la jornada, lleno de baches y de "trompillales", donde a veces se atascan las bestias. Verdá si nó don Cecilios? Solo usté qu'es guanacasteco purito, sabe cómo está entuavía el camino.—

—Adióshombre... ydiay pariente...! qué vientos te soplaron por estos lados? Vaya pues, con el Nazario, y no sos vos hombré, el que estaba hace tiempos en la zona?... Platales debes trer ahora, pariente; digo yo pues, porque tanto tiempo por esos laos, ya debes hablar solo el "yesberigüel"?—

—No hombre, pariente... dejame, que tengo mucho que platicarte. Coseros me han pasado, hermano. Ahorita de camino te empiezo a desembuchar todito,—dijo en tono tristísimo, el Nazario Dinarte.

Montamos todos a caballo. Eramos veintitrés paseantes. Dos se habían quedado en Puerto Humo y uno más, Nazario Dinarte, se nos había unido al grupo. Pero ya fuera porque el camino estaba demasiado malo, el caballo muy trotón o el temor único de Esmirna y de Virginia, hubimos de montarlas a la "polca" y llevar las dos bestias cabestreadas para relevarlas más adelante y que no se nos fueran a "topar" las nuestras, quedando cansadas a medio camino. Así pasamos por el pintoresco pueblito de Bolsón, ranchería preciosa de paja

y su pueblito gemelo, Ortega. El sol empezaba a picar como si hubiera miles de hormigas "chachaguas" en nuestras espaldas. Para distraer el cansancio íbamos correteando por el camino, comiendo "huizcoyol", esas uvas de llano, racimos de vid agri-dulces y montaraces, que calman la sed a los llaneros. Enormes sombreros de palma en nuestras cabezas eran como quitasoles o sombrillas, que nos libraban de los ardorosos rayos de aquel sol tropical, y de las nubes de mosquitos que infestan las muchas charcas del camino.

Julián Jácamo, el baqueano, y al lado el Nazario Dinarte, caminaban pensativos recortando con las tijeras del recuerdo, los paisajes ya descoloridos del libro viejo de sus vidas.

Pues sí, pariente, todo el porvenir que nos pintaban en esas zonas bananeras, son puras tortas y pan pintao. Qué te digo hermano... esos sí que son confites en el infierno.

Lo que hay sí, es mucho trabajo, pero los sueldos pariente, esos son puras "pupulucas". Son sueldos de hambre, sólo para vivir en ese infierno de clima. Se gana... se gana... Julián... pero la "harina" es como si solo te la dieran a oler los machos. Mi sueldo, era bastante regular, pero ya me venía capado el dos por ciento, por derechos de hospital; el pago del "lundry" por la ropa que me lavaban durante el mes, el pago de la luz, de la leche, del "yelo" es decir que las comodidades hay que pagarlas y a precio de oro. Cuando comía en el hotel o firmaba vales, ya del sueldillo me venían hechos los rebajos. Lo que me quedaba de plata, yo se los volvía a mandar a la caja, pues como allá hay comisariatos, botica, tienda, cantina, etc., es decir, la plata tal y como se la dan al empleado así se las devuelvo uno en solo pagos.

Y cuando ya se ha "abacacado" uno de ropa y de "hama", y se recuerda uno de verse solo y perdido como un mono de maíz, entonces lo que hace es ponerse a "trozar" o se va a bailes, que esos nunca faltan, pues en eso la compañía sí que es "tuanis", pues para que uno no pase aburrido, le ponen baile de gratis a los trabajadores, lo único que no ponen gratis es la cantina, y allí es donde uno les devuelve las últimas "cañas" que le quedaban en la bolsa. Ya ves, pariente, por esto te digo que allí se gana apenas para vivir, no hay tal jarabe de pico, pero desgraciadamente, uno no puede vivir para ganar. El clima lo amuina a uno, y se va poniendo amarillo, amarillo, "mayate" completamente y el bananal se lo chupa, y cuando se da cuenta ya la malaria la tiene en los huesos, la sangre está hecha agua, los años lo vuelven haragán y cada vez más viejo.

Si Julián, yo me fuí con la cabeza llena de ideales y de ambiciones y vuelvo con la cabeza hueca, llena de males, y



con la huella del sufrimiento de mis años muerto en vida, vividos en esos bananales.

Muy cara pagué esa ambición hermano. Vendí todo lo que me dejara la herencia de mi viejo, y ya una vez allá, cuando está uno maniatado por los benditos contratos que lo hacen firmar, o cumple con lo que le piden, o lo vuelven a echar a uno puerta afuera y sin derecho a "berreo" pues ya tienen tanta práctica en eso, que ya hay muchas maneras de botar empleados sin que les cueste mayor cosa.

Mi caso, Julián, yo recorrí casi toda la escala de los puestos, hasta que caí a los últimos. Para no tener que hacerme echado y tener que pagarme tantos años de servicio, me fueron rebajando de posición para que solo me aburriera y me fuera. Lo boicotean a veces, y muchas, no son ni los mismos gringos, sino una casta de tipos especiales, que yo llamo los "Gringos-latinos".

—Cómo es eso Nazario?—le preguntó Julián muy intrigado.

—Pues esos Gringos-latinos son ciertos empleados latinos, ticos o nicas, que nunca han sido nada en ninguna rama o manifestación social. Llegaron a la Compañía y se encuevaron en la rutina, en las fórmulas eternas, se entrenaron en el exclusivo y único sistema y fueron subiendo y subiendo, a veces haciendo maromas y si los ves, pariente, hoy día, ya casi no te hablan español, solo mascan el inglés, solo con gringos alternan, solo a ellos los buscan y los siguen y los halagan, y si se quiere, son los más tiranos e intrigantes con sus mismos paisanos. Ellos quitan, ponen, cambian, y hasta se dan el "taco" de humillar a otro de su raza, por estar siempre geométricamente dispuestos a servir a los amos que tan bien les pagan su incondicionalidad.

Todas estas amarguras sufridas a través de tantos años, la pérdida de mi hijo y mi tragedia personal, me han envejecido, pariente, y ahora, más viejo, cansado, agobiado por las fiebres, y sin dinero, hermano, me tienes de nuevo en mi tierra, para volver a comenzar.

Siguió Nazario en sus lamentaciones y ya se habían retrasado bastante, cuando los sacó de las cavilaciones un grito de las muchachas de la comitiva.

—Qué pasa?... Un trompilla!!!

Los gritos de las muchachas, como reclamando auxilio, indagaban medrosas lo que teníamos que hacer.

—Nada, m'ialma, hay que volarse al charco, dijo el sabanero que nos acompañaba. Pero no tengan miedo. Aquí las bestias son "tágaras" pa' los baches... Y esto diciendo, tiró la bestia a la laguna y pasaron casi a nado, caballo y caballero. Nosotros nos apeamos todos y a indicación de Nazario,

aseguramos las cinchas y las grupas de las bestias, aflojamos el bozal y montando de nuevo, nos lanzamos al trompilla, vadeando los mejores pasos que nos indicó el sabanero, para no quedar atascados, aun cuando a veces quedamos un trecho a flor de agua.

Estos son los caminos de mi tierra. Polvo y grietas en verano y trompillales y lagunas en invierno que aun perduran un tiempo en plena estación veranal.

—Oye Carlos,—le preguntó Virginia a su novio.—Por qué motivo estando el cauce de los ríos tan cerca, las aguas se encharcan en estos parajes?...

—Esa es tesis de ingeniería, negrita y tú sabes que yo soy abogado, pero te daré la tesis que sustentan los entendidos en la hidrografía de estas tierras. Nadie se ha podido explicar aún el origen de este suelo, pues su manifestación arenisca, revela un asiento marino de épocas anteriores. Su constitución orográfica, permite a estas latitudes, enormes mesetas y llanuras sin declive alguno, en donde los ríos parecen remansos y ni siquiera se nota el curso de sus aguas por lo serenas y tranquilas. El terreno no permite corrientes fuertes en las aguas, por lo que los ríos fácilmente se desbordan, anegando llanuras enteras, que sin declive para evacuar esas aguas, se estancan en los llanos dando origen a esos pantanos o ciénagas que aquí los llaneros llaman "trompillales".

—Y estos mismos caminos, terció el baqueano Juliancillo Jácamo,—lo recorren cada dos años los políticos que vienen a suplicarnos los votos para su elección. Para ese entonces, nos dan la razón y nos hacen muchas promesas que despuecito no más se les olvidan, porque ya estando "arriba", se vuelven interioranos.

Ya cerca de la Hacienda Conejo, tuvimos la rara impresión de ver un cuadro majestuoso. Una alfombra de color lila o morada pálida, extendida en un largo trecho. Al acercarnos el sabanero nos explicó, que era una enorme laguna, resumidero que jamás se secaba y que como una mano cariñosa la naturaleza sembró de árboles de "madero negro", toda la extensión, para que sus florecitas nazarenas, más humanas, labraran una alfombra de pétalos sobre los impudores de aquella charca perenne, que como un fantasma sin confines... era charca en invierno, era charca en el verano y en toda época del año.

En medio de todas estas peripecias llegamos por fin, a la una y media de la tarde a Santa Cruz, la ciudad risueña, la ciudad alegre por excelencia... la ciudad celaje.

Primero tuvimos la impresión de encontrarnos, como un camión de esmeraldas, el campo que provisionalmente estuvo

sirviendo de campo de aviación; amplio y encuadrado, con su pista reglamentaria, en donde crecen al abandono natural de los pueblos, las florecitas de Santa Lucía y miles de florecillas silvestres que desprecian en su festín las muchas cabezas de ganado vacuno y caballar que pastan tan tranquilas en la pista, cual si fuera un potrero o un encierro para ellas.

Allí conocieron los visitantes la primera plazuela del lugar, la de Pueblo Nuevo, con la simetría de su cuadrante amplio que revela, el resurgimiento de la población, que año con año se acrecienta y que cual vientre embarazado, se distiende en nuevas calles y avenidas, y casitas de paja, nido de nuevos cariños y abrigo de nuevas emociones.

Luego la plaza de los Mangos, campo de deportes y rondel de toros en tiempo de fiestas. La escuela nueva de varones a su costado, es una nota de ornamentación entre las escuetas viviendas. Allá en el fondo de la avenida central, como larga mano de un niño enclenque que señala al cielo, la cúpula nueva de la iglesia de Esquipulas, frente al Parque Bernabela, en donde como un gorro frigio abandonado al acaso, reposa entre la floración de almendros y jardines el quiosco sobrio y elegante, acurrucador de idilios en las noches de luna. En sus graderías cantan al acorde de las marimbas trasnochantes, y de las noctámbulas guitarras, las morenas del pueblo que allí llegan a desgranar la música de sus almas; y en el pentagrama de las pupilas enamoradas se revela el fuego que brota de los pechos de los "querendones", de esa tierra sublime y privilegiada.

Hospitalarias y gentiles las gentes de aquel lugar, salían a las puertas de sus ranchos y casitas de madera, a saludar a los visitantes.

En todas las caras había una sonrisa, en todos los labios había un saludo y los "chigüines" curiosos gritaban a nuestro paso, atraídos quizás por el colorido de los enormes sombreros y la indumentaria femenina, última manifestación del interior... los slacks.

—"Viene don Cecilio con un montón de cartagos!"—

Alojados ya cómodamente, resolvimos asearnos del polvo del camino, antes de almorzar. Allí fueron los lamentos de las muchachas y la inconformidad de los interioranos. Santa Cruz no tiene cañería...!

No hay agua entubada en esta ciudad, como casi en ninguna del Guanacaste. Tuvimos que empezar a "jalar" agua de un pozo, a baldadas, para llevarla al cuarto de baño, y allí... con "guacales", chorreándonos nosotros mismos el agua, nos hicimos el aseo, al menos para quitarnos el fastidioso sudor de la jornada.

—Paciencia, muchachos, que esta es una de las preocupaciones de los gobiernos de la nación... conservar la costumbre típica del baño, a la manera infantil,—dijo chanceándose el cantinero del negocio que oía las lamentaciones.

La tarde restante discurrió entre risas, chascarrillos, recuerdos incidentales del viaje y confidencias amistosas. La siesta, bajo una linda enramada de veraneras y grosellas, fue un reposo justificado después del gran almuerzo de "arroz guacho", ajíaco, carne salada en baho, la tradicional sopa de verduras y pipianes, que allá se hace en las mañanas y no en la cena, como entre los cartagos; frijoles con chancho, relucientes de manteca y fritos con pellejo de cerdo; las tortillas grandes y gruesas, doraditas y suaves; la flor de hitavo con huevo, el "tizte" y otras golosinas más, nuevas y apetitosas que agradaron a los recién llegados.

Pronto empezaron las visitas.

Dónde está don Cecilio...?

—Buenas tardes, compadrito. Bendito Dios que volviera a su pueblo,—díjome un viejito cariñoso, viejo amigo de mis abuelos.

—Saludá a tu padrino, muchacho!—dijo empujando hacia mí un muchachón prematuramente desarrollado y enclenque.

—Buenas tardes le dé Dios a usted padrino!—rezongó el muchacho juntando sus manos en actitud de orar.

—Oiga don Chon... y cómo está de cambiado Santa Cruz. Vaya pues, si este pueblo no se ha dormido! Ustedes sí que no se andan por las ramas...—

—Y qué, pues, compadrito! Ustedé cré que ya nos dejamos? Si viera cómo hay de casas nuevitas y de establecimientos, de plazas y de nuevos cuadrantes, que nos han hecho más grande la población.

—Enseguidita no más vamos a salir a conocer lo más nuevo,—le dije entusiasmado.

—Ydíay compadre, pa' luego es tarde! Ya lo creo que sí. Y que bien enterito que está usted! Desde que yo lo "chinchiniaba" en mi casa y la Lupe se lo llevaba al río, a que la acompañara cuando iba a fregar la ropita y a bañarse... se acuerda? Oiga compadrito, y ahora no más, lueguito, vamos a bailar en mi beneficio de arroz. Ya mis muchachas están tamañitas, como que una ya se casorío. Ya tenemos todito listo, pues por los de su familia sabíamos que hoy llegaba. De allá vengo ahorita.

Así entre explicaciones y detalles, conocimos la escuela de Niñas frente al parque, la Unidad Sanitaria en el ángulo ceste del mismo. Los trabajos de la torre de la iglesia, los tan-

ques de distribución de agua del pozo artesiano, las casas nuevas y los negocios nuevos.

Nota simpática fue la que nos dió Maruja, una de las paseantes, quien calmó su sed en la propia bomba expelente del pozo artesiano. Cuando tenía la boca henchida de agua, se contrajeron sus facciones en terrible gesto de asco. Es que el agua del pozo que viene de más de ciento cuarenta metros de profundidad, tiene un sabor "chachalte", fuertemente carbonatada y de gusto acre, lo que la hace una de las aguas minerales naturales, más valiosa del país. Es una verdadera fuente gaseosa, y se puede tomar libre de todo temor de contaminación de bacilos y bacterias, pero solo después de haber mantenido un tiempo el agua en tinajas y nimbueras, lo que la vuelve fresquita y deliciosa.

Gonzalo, el asiduo acompañante de Maruja, le dijo entonces, guiñendo el ojo a sus compañeros.

—Marujita, no podrás volverte a pintar, ni dar un beso. Ahora se te contraerán los labios, como si hubieras tomado alumbre. No sabes que esta agua hay que curarla, de una manera especial, para poder luego beberla?...

—Cómo se quita este gusto de la boca, Gonzalo,—suplicó Maruja nerviosa.

—Solo con un pequeño trago de ron,—insinuó Ofelia, la otra amiguita expedicionaria.

—Una hora más tarde en el cuarto del hotel, solo una discusión se oía, basada en una famosa apuesta de veinticinco colones.

Al inquirir sobre el motivo, recordé una promesa hecha por Marujita al partir la lancha de Puntarenas.—No me harán tomarme un solo trago de licor. Ni ahora ni nunca!!!...

La apuesta tenía dos ventajas. Para Ofelia ganarse veinticinco colones, venciendo los escrúpulos de su amiga, y para Gonzalo, el cortejante, lograr que el embrujo del licor, derribara la muralla del indiferentismo de aquella mujer inaccesible.

Afuera, Juliancillo Jácame, también había apurado unos cuantos "riendazos" en compañía de Nazario.

—Mirate vos como está este pueblo. Esto lo compró Luis Sing... Aquello ya no es del Octaviano... Aquí va a construir Juan Chío... Este negocio lo hizo aquel "Patria"... a la vez que le decía... te acordás de la Mariana?... pues está allá arriba. Se fué con un nica pa' Golfito.—

—Como que la fiebre por la zona bananera está en todas partes,—le dijo tristemente Nazario a Julián.

—Sí,—continuó diciendo el ex-bananero.—Como no le pase al nica que se la llevó, como me pasó a mí en esas famosas zonas bananeras.

—A ver pues, desembuchá Nazario. Seguí la historia que me dejaste a medio palo.—

—Si Nazario, véngase aquí cerca, siéntese en esta hamaca, y continúe su relato,—díjole Virginia solícitamente.—Sabe... a mí me interesan todos esos datos pues estoy escribiendo un folleto, una media novelita y que se llama "ORO VERDE" y allí explotaré todo ese caudal de datos que usted me suministra.—

—Bueno pues, me sentaré en esta hamaca debajo del almendro, y le contaré otra talla para su Oro Verde...—Yo le conté que el Agiotista de Cabezas, nos dejó en la lancha camino de la zona. Allá terminaron las bellezas. Cuando llegamos, nos esperaba otro cantar. Allá se acabaron las atenciones y comodidades. A mí se me trató bien porque iba como Capataz del grupo y se me mandó a una finca con mi mujer y el niño, pero a los demás, los trataron peor que negros.—Usted y usted van a tal finca; usted y usted van a tal otra y usted van a cual otra. Pasaron lista como si fueran reos; todos tuvimos que separarnos, y empezar cada uno a soportar su propio calvario. Las enormes distancias de una finca a otra, dispersó por completo y puso fuera de contacto a los muchachos, los cuales fueron alojados en enormes barracones...

—Qué son barracones, Nazario,—inquirió Virginia.—Cómo son?...

—Son las jaulas señorita, jaulas de madera con barrotes de cedazo, donde se hacinan montones de personas, cuando tienen el privilegio de encontrar vivienda. Los barracones son casas uniformes, de un solo tipo de construcción, con seis cuartos abajo y seis cuartos en alto. En cada aposento acomodan tres, cuatro y más trabajadores, sin más muebles, ni comodidad, ni nada, a la voluntad de Dios y al arbitrio de mandones "taimquiperes" o "fórmanes" de las fincas.

En esos barracones de la zona gris, se amalgaman los distintos humores, se mezclan todas las idealidades, demostraciones de cultura y se mancomunizan hasta los pequeños brotes de salvajismo que renacen en el alma de esos hombres, que solos, deprimidos, explotados y expoliados por la pena y el anulamiento paulatino de la vida, los hace sentirse derrotados, y gritan a veces en un gesto salvaje, embotados de licor, el acíbar sedimentoso de sus corazones.

En esos barracones se hacinan, como montón de leña humana, los cuerpos doloridos de las múltiples familias que vegetan a la sombra de esos banales, que dan y quitan la vida con brillo y tintinear de plata.—

—Me imagino,—insinuó Virginia,— que en esos lugares la población, como flotante, es muy cosmopolita?

—Sí, señorita. Después de los gringos están los nicas, que dominan en esas zonas. Hay extranjeros de todas partes, y entre los ticos, dominan los guanacastecos.

—Allí el hombre solo, se agencia de cualquier modo su mujercita, por lo menos para que lo acompañe, lo que origina ese escándalo de promiscuidad en los cuartos, en donde se ven escenas que dan grima.—

—Pero ya las cosas han cambiado, —defendí yo oportunamente—, pues recientemente tuve que ir al floreciente y romántico pueblo de Golfito y para mí fue encantador el lugar. Aquello es un perfecto jardín. Un pedazo de paraíso terrenal. Sus calles pavimentadas, sus setos recortados, sus avenidas sombreadas de malinches, flores por todas lados, "yardas" artísticamente recortadas. En mi loco entusiasmo, sólo, puede exclamar:

—Golfitol Ventanita de cielo es al turista...—Y puerta del infierno al que lo vive!,—completó irónicamente mi interlocutor.

—Yo me traje una opinión muy distinta de la zona. También, como iba en misión especial del Gobierno, me recibieron muy bien en el aeropuerto...

—Claro, —terció Nazario—. Apostemos que lo trajeron en carro de la Gerencia hasta el famoso Go Guest House, o casa de huéspedes?...

—Sí, por qué? — afirmé entonces extrañado.

—Y además le pusieron la refrigeradora llena de latas, viandas, cerveza de tarro, unas tres botellas de whisky, agua mineral, comida especial en el Hotel Número Uno, y, además...

—Caramba!!! Nazario, ni que hubiera andado usted conmigo. Pareciera que usted hubiera sido el turista! Pues sí es cierto... esas gentiles atenciones y otras muchas más les agradezco. Conmigo fueron finísimos y atentos, tuve toda clase de diversiones y entretenimientos.

—Ya me lo imagino,—replicó Nazario amoscado.—A que también le pusieron a la orden el Pullman Número 100, para que fuera a pasear?...

—Sí es cierto, — afirmé yo...— y también me pusieron a la orden la lancha "El Glorioso", para que fuéramos a una partida de pesca en el Golfo, "un fishing troupe".

—Claro...!—exclamó riendo Nazario...—y le pusieron whisky, ginger ale, sandwiches, y latas para el almuerzo!—

—Exactamente, Nazario! Pero cómo sabe usted eso, — le pregunté no sin cierto asombro.

—Esa táctica es de toda la vida, — rugió casi el ex-banancero.—Cuando llega alguien influyente, que les conviene, o personajes de la política, tiran la casa por la ventana, para eso

está la famosa cuenta de la Bananera, la Fórmula 840 de "General Expenses". En su línea o sub-cuenta, la 69 - 5 se filtran todos los gastos que ocasionan los visitantes o se absorben las cuentas que no conviene que aparezcan jornalizadas en los "Journal Voucher" de la contabilidad.

Ese renglón de gastos, sube a veces visiblemente, pero sirve para marear de atenciones al turista que les conviene... lo ciegan de boato y así no lo dejan siquiera salir de la zona americana. No le permiten así que visite siquiera la zona-gris, la zona del pueblo, donde vegetan los humildes, donde se lloran las privaciones, donde se lamentan miserias, donde no se puede conseguir un sorbo de leche para un niño desnutrido, porque ésta es sólo para los de pelo rubio y rostro lozano. Ah, la zona gris, donde el dolor, corre parejas con la necesidad!

Yo se, — continuó Nazario, — que en la zona hay todas las facilidades, comodidades y lujos, pero para los grandes, para los que viven entre setos y jardines en los "bungaloes" de la zona americana. Ya en la Zona Amarilla, donde viven los empleados de la clase media, ya esos no tienen refrigeradora, no tienen otras comodidades que las que pueden comprar. Pagan tarifa de luz, el suministro de hielo; pagan servicio doméstico y a veces, aún con el dinero, no pueden ni adquirir la leche para sus hijos. Y en la zona-gris, donde viven los desheredados, si acaso tiene casa de familia, se les entrega sólo el cascarón, sin un solo mueble, y en los barracones, se hacen todos los demás...

Virginia interrumpió... —Oiga señor Dinarte, y qué son los "CONCHEROS", que tanto he oído mencionar?

El bostezo enorme de Nazario cortó discretamente la pregunta, indicando la hora de comer.

La luna alumbró muy tempranito, y a la luz de esa misma media luna, que navegara con nosotros la noche anterior, quisimos ir a bailar y luego de la cena, nos fuimos todos los excursionistas al baile que se hacía en nuestro honor en los patios de la arrocera de mi compadre Chon. La marimba esperaba, afinada y sonora, con sus cuatro marimberos, que daban a las teclas de huizcoyol una música y una tonalidad romántica y extraña, que nos impulsaba a bailar casi automáticamente.

Pronto mis amistades, rodearon a mis compañeros visitantes y las muchachas se "coparon". Los hombres encontraron bien pronto sus parejas, en medio de aquella camaradería y exquisita gentileza de la sociedad santacruceña, donde el "fuerero" decente y bien presentado no se encuentra arrinconado y extraño, por la apatía de los locales. Tuvimos un baile delicioso donde no faltó "El Pavo", el Torito y el Punto Guanacasteco.

DONDE EL AMOR SE HACE LEYENDA

Al otro día, hubimos de salir con premura de Santa Cruz, rumbo a Nicoya, en el avión de la mañana. Este avión expreso fue solicitado por radio telégrafo a la empresa en San José. Las gestiones de nuestros dos amigos hacendados que habían llegado a Nicoya por Puerto Humo, reclamaban nuestra presencia en aquella ciudad para cerrar un trato, respecto a la adquisición de una finca en las afueras de Nicoya.

—Antes del medio día arribamos por el aire a la legendaria y colonial ciudad, sede del más vasto y culto poderío chorotega.

Su plazona amplia y bordeada de frondosos y vetustos matapalos y cenizaros, daba un aspecto medioeval a la iglesia que aún conserva toda la belleza rústica de la arquitectura colonial.

Seis calles principales y pocas avenidas tiene esta ciudad, pero que goza el privilegio de ser la cabecera del cantón más grande de toda la provincia. Es por esto que la falta de caminos y vías de comunicación, mantienen aisladas a una serie de "pueblitos" de la costa que encuentran problema irresoluble en sus asuntos, para recurrir a la ciudad cabecera, Liberia.

—Es lástima, apuntó Virginia la futura maestra normalista, que no se haya llevado a cabo por negligencia o qué se yo, la erección del nuevo Cantón nicoyano que se pensaba denominar, Cantón Leonidas Briceño. Así se evitaría esta disensión en lo político y lo civil, de gran parte de la Provincia de Guanacaste, y de Nicoya en particular, que hoy está bajo la jurisdicción administrativa de Puntarenas.

Es injusto, nos dijo un maestro nicoyano, — que por la fuerza de la razón, nos hayan quitado todo ese sector de la península porque las autoridades locales no pueden darle atención a ese lejano sector, que está aislado de nosotros por falta de caminos y vías de comunicación... y como Puntarenas está al frente, nos ha quitado esa zona.

Es por eso que Lepanto y Gigante, Paquera, Tambor y Paquerita y otros lugares están en lo administrativo, supeditados a las autoridades del puerto, aunque el territorio y su espí-

ritu, sus costumbres y el cariño, sean puros nicoyanos... y tendremos que defender esta sección de nuestro suelo, de alguna segregación ideada, y contra toda imposición.

Durante los breves días de nuestra estadía en Nicoya, estuvimos Esmirna y yo paseando y conociendo las bellezas y paisajes, lugares evocadores del poderío chorotega, ruinas y sitios donde han estado los cementerios indios más valiosos y los distintos parajes, que otrora fueron maravillosos palenques repletos de tesoros y de bellezas de alfarería chorotega, tales como: Quirimán, Curime, Matambú, Nozara... Nambí y la Mansión.

Esta última no tiene mayor trascendencia indígena, pero sí histórica, pues fué en esta localidad donde vivieron y se incubaron los ideales patrióticos y libertarios de los héroes cubanos, que al mando del glorioso exilado Maceo, faro brillante de la libertad cubana, gestaron la epopeya gloriosa de la isla antillana oprimida. Aún se ven hoy día las vetustas ruinas de la casa de Maceo, y el ingenio de azúcar, que antaño fuera fuente de enorme riqueza.

La última jornada de toda la comitiva la hicimos a Nandayure. Cerca de esta olvidada ranchería estaba la hacienda que pretendía comprar nuestro amigo y su socio compañero... Por eso fuimos a ver esta evocadora región, donde según es dicho de los viejos, se encontraron las más bellas y valiosas huacas de indios.

Allí se nos ofreció a la vista un paisaje natural, lleno de exquisiteces y colores sacados de la paleta del medioevo; los pocos ranchos dispersos aquí y allá; la sabana al descuido dormía la incertidumbre de un mayestático abandono; mandadas cerreras a uno y otro lado de un río de aguas tranquilas, formando remanso a cada trecho: el río Nandayure. Y allá, perdido entre la ramazón de "chanales" y "josmecales" marchitos por el sol chillante, la evocadora señal de un cementerio chorotega, que luego fué riquísima "huaca", donde las manos de arqueólogos extraños, arrancaron primicias a las tumbas, y hoy lucen, no menos de cinco mil piezas de alfarería, cerámica y talla en jade y oro, en los exóticos Museos de París, Londres y Cristianía.

Nuestros hombres de ciencia jamás dieron importancia a estas huacas indígenas, que hoy gozan en el criterio de científicos europeos, de ser unas de las más ricas, más artísticas y más depuradas, sobre cualquier alfarería indígena en Centro América.

—Nuestros chorotegas, Esmirna, tuvieron esa supremacía sobre muchas razas precolombinas.

—Y por qué dejaron salir del país tanta belleza y riqueza chorotega? — protestó Virginia.

—Porque el Guanacaste sólo le sirve a los "cartagos",— añadió el hacendado—, para proporcionarles fincas y terrenos; a los paseantes, para ofrecerles distracciones, y a los políticos marrulleros, para rejuntar sus votos.

—Y qué quedan de esas riquezas de cerámica chorotega? —dijo Virginia, curiosa.

—Nada! Tratados y libros y varios textos de arqueología chorotega, en las bibliotecas de Londres y Cristianía, donde exponen como ejemplares finísimos y acabados, ídolos de oro y piezas de jade, de nuestra cultura aborígen, que los costarricenses ni siquiera conocimos.

—Vamos a bañarnos a la poza del río,—suplicó Virginia ingenuamente.

Rato después, chapuceábamos y remojábamos el cuerpo en el agua fresquita del río Nandayure.

Allí nos cogió la tarde y como no podíamos regresar a Nicoya ese mismo día, dispusimos alojarnos en la casona de la Hacienda, para efectuar el regreso al día siguiente.

—De por sí, — me dijo Esmirna—, una mala noche en cualquier parte se pasa.

Por una trocha rondera, entró curiosa a vernos bañar, una bocanada rojiza del sol que se ponía. Las sombras de los copeyes, cenízaros y maderos, se alargaban enormemente sobre el polvito disperso del camino carretero. El sol como un cuerpo sin vida, se fué de espaldas por la serranía distante. Sus últimos rayos, como garras de leopardo herido, se agarraban a las copas de los árboles, donde dejaba la huella de su majestad, hecha celaje.

Un atardecer sublime! Las loras en los caimitales y palos de mango, en su algarabía confusa, parecían rezar un deprofundis por el sol que se iba... y se iba, hasta que dejó penumbras en la naturaleza entera, un jirón de nácar en las nubes raseras y una nostalgia enorme en nuestras almas aventureras.

Tomados del brazo, tarareando una canción capricho, retornamos a la hacienda. La noche fué la compañera en la pampa adormecida. A nuestro paso los "cuyeos" levantaban un vuelo pesado y corto, para ir a posarse unos cuantos pasos más adelante, como si un fantasma del suelo nos fuera acompañando. Mientras tanto como un eco, nos gritaban a distancia... ¡cuyéee! Cor, cor, cor, cor, cor, co... véo!!! gritaban los pájaros ronderos en un canto de velorio, metiendo un frío extraño en nuestras venas sensibles...

El cielo se asomaba en mil hendidias curiosas para ver con sus ojillos, nuestro nocturno coloquio.

Las sombras empezaban a difundirse luchando vencidas por la luna, que cada vez más redonda, se reclinaba como recién casada, en su mismo vientre embarazado. Esa luna emotiva, ocupada en quién sabe qué coqueteo ultramontano, se arrebuja en una nube viajera y no asomaría al balcón de su capricho, sino Dios sabe, hasta qué hora. Mientras en la casona se arreglaba el albergue, nosotros dos en la tranquera, Esmirna y yo, punteando una guitarra, mirándonos los ojos, con algo de sombras y mucho de luz de las estrellas, esparcábamos el miedo con dulces evocaciones.

Yo mirando sus pupilas, creí ver su rostro iluminado con una luz difusa, que tenía mucho de misterio. Sus retinas negras brillaban en la sombra como hojas de puñales chirriando por matar.

—Mira, mira, Cecilio... Qué luna más preciosa!

—No es más que tú...—díjelo tomando sus delicadas manos de muñeca entre las mías, y mirando aquella luna oval causante de tantos desvaríos. Ella, reclinando en mi hombro su soñadora cabecita, reposó sus angustias y me contó sus pesares.

La sombra del casuchón de la hacienda llegaba arrastrándose calladamente, como reptil curioso, hasta nuestros pies. La luna, dibujante sutil, trazaba miles de siluetas por la sabana dormida. A lo lejos la línea del horizonte se aclaraba con la aurora nocturnal. El esbozo de una que otra vaca, prendía en el pitón de sus cuernos altaneros, los rayos astrales.

Yo como una ofrenda a la noche enlutada, y a la fina y sutil majestad de mi acompañante, rasgué en las cuerdas el preludio de un canto de amor. Ella escuchó aquel canto chorotega, original y emotivo, que jamás olvidaré...

—"Flor de la pampa, dulce amada mía
que una noche blanca, cautivó mi amor.
Bajo la luna, se tejió el romance
de un amor salvaje, lleno de dolor.

Oh dulce Nandayure mía,
la chirca del chagüite en flor;
tus ojos, de ceibal oscuro
prendió en sus frondas tibias
el nido de mi amor.

Amor, mi amada Nandayure
que en tu palenque altivo
guardaste mi dolor.